



Cataluña

COMPOSICION Y DIBUJO, DE G. CAMPS.

ANTONIO COLL



LA MADRINA

CASTELAR Y EL ARTE

(Continuación).

Otra vez su acendrado españolismo:

«En el género en que los españoles ostentamos originalidad tal que nadie puede disputárnosla con derecho, es la Pintura. Nuestro natural independiente nos ha preservado de las imitaciones artificiosas, y nuestro sentido de la realidad nos ha impedido caer en lo convencional y amanerado. Nosotros competimos en belleza con Florencia y Roma; en verdad, con Holanda y Alemania; en color, con Florencia y Flandes; en idealismo, con Asís y Pisa, aventajando quizá á todos por la nativa y diversa genialidad de nuestros pintores, tan rebeldes á las tiranías de la escuela como nuestros mismos inmortales dramáticos. ¿Sabéis de alguna decadencia duradera en ese divino arte español? Cuando el saco de Roma dispersó á los artistas de Rafael y la muerte de la República florentina hirió en el corazón á Buonarroti, en aquel comienzo de la noche, la hermosura perfecta renació, no por los palacios de Mantua, donde Julio Romano, desposeído de su núnem tutelar, tocaba en lo hiperbólico y en lo extravagante, sino por las iglesias de Valencia, donde surgían de la paleta de Juan de Juanes aquellos Salvadores descendidos del Tabor á sus tablas, despidiendo luz espiritual como la que pudieran soñar los místicos en sus deliquios, y encerrados en líneas como las que pudieran trazar los escultores clásicos en los bajo relieves antiguos. Cuando la imitación servil, los procedimientos arbitrarios, la mezcla de escuelas opuestas, la falta de fe en el helenismo y en el cristianismo, en la religión de la hermosura y en la religión de la verdad, creó la sintética escuela de Bolonia, herida por irremediable decadencia, como todos los géneros híbridos, salieron de nuestros talleres un tropel de aquellos apuestos caballeros y hijas damas de Sánchez Coello, en cuyas frentes resplandecían las señales de la gloria nacional y en cuyos labios sonaban los versos de Lope y de Herrera; aquellos jinetes y sus caballos dando al venticillo arrebolado del Guadarrama crines, plumas y bandas, con tal arte, que las sentís crujir en vuestro oído; aquellos ciclopes presos en sus cavernas, cuyos desnudos han robado á la Naturaleza los secretos de la encarnación y el egotismo; aquellos bufones, tan grotescos y ridículos, como caballeros y gentiles-hombres los vencedores de Breda, capaces de recoger los trofeos de la victoria sin humillar la dignidad de los vencidos; todas aquellas figuras, reproducciones milagrosas de la realidad misma sobrepajada por el arte, respirando en atmósfera tan verdadera y luminosa, que os entrarais por los cuadros á recoger en vuestra retina los cambiantes de la luz y en vuestros pulmones los soplos del aire. Y sobre este universo de tantas formas y de tantos matices como el cielo estrellado sobre la tierra vivida, en nubes enrojadas por las reverberaciones del sol sobre las aguas del Guadalquivir, entre coros de arcángeles y serafines que llueven rosas y agitan palmas, calzada por la luna, vestida del immaculado candor y envuelta en el cerúleo manto, á los pies la culebra del mal herida, y en las sienas los resplandores de la luz increada, estáticos los ojos, como embudidos en la gloria, y alzado el pecho como para recoger y respirar la palabra creadora, va la Virgen de Murillo, como divino arquetipo, en cuyo casto seno renace la hermosura sin sombras del paraiso y recobra la misera humanidad, ya sin pecado, su primitiva é immaculada inocencia. La ecuación establecida en nuestra pintura entre la naturalidad y la idealidad, resulta de tal suerte íntima, que parece toda una estética en acción, superior, bajo mil aspectos, á un género especialísimo y concreto del Arte. Y á la superioridad de esa estética atribuyo que ni la decadencia de las escuelas bolonesas y napolitanas, imperantes en todo el siglo décimo séptimo, ni la decadencia universal del siglo último, hayan podido contagiar á la escuela española. Así, mientras los pintores más eminentes, corrompidos y contagiados de pésimo gusto, á una se malogran por su falso colorido y su servidumbre convencional, aragonés egregio, dotado de la gracia y de la naturalidad celtibéricas, al par que de creadora fantasía, esboza en imperecederas aguas-fuertes las ideas de su tiempo, indecisas como las sombras de su lápiz, y traza las figuras que pasan por su retina, abriendo á aquel pueblo que, á primera vista decaído, emprendió la guerra de la Independencia, los cielos del Arte, y los infiernos á la proterva corte que nos manchó con sus liviandades y nos vendió como un hato de ganado, por la codicia vil de un favorito, á la devastadora invasión de un extranjero. No decae la pintura española, como no decae el ingenio nacional, que puede hincharse unas veces, perderse en retruécanos otras, pero jamás extinguirse por completo.»

«Brilla la pintura española cuando todo ha decaído... Cuando el genio ha desaparecido, las dos escuelas que suceden á las escuelas italianas de Florencia y de Roma, de Pisa, de Venecia y de Siena, son las escuelas de Nápoles y de Bolonia. Pues bien: la escuela de Nápoles y la escuela de Bolonia, tienen ambas su carácter ecléctico, en virtud del cual ecléctico serán colocadas entre las decadencias, de las que llevan la hinchazón y el artificio. Pues, en Nápoles hay un pintor de nuestra patria, un pintor valenciano, el cual, por la fuerza y la potencia de su genio creador, se exceptúa de la universal decadencia y deja grabado en la pinacoteca artística los cuadros inmortales que se llaman de Ribera. Y lo que digo de Ribera lo digo de Murillo, de Velázquez.»

«Viladomat ¡qué potente y qué prodigioso! No tenía, según me han dicho, no tenía maestro, no tenía escuela; un pobre jesuita privado del Archiduke le dió solamente algunas lecciones. El pobre sacaba las substancias para sus cuadros de las tierras de Barcelona, único elemento de que disponía; y, sin embargo, ¡cómo enlazaba el genio de Murillo con el genio de Goya! Lo que sucede en el siglo xvii con Velázquez, le sucede al siglo xviii con Viladomat y Goya; y por eso lo que pasa con Velázquez pasa con estos dos grandes pintores. ¿Conocéis algo más artificioso, algo

menos artístico, algo más falso que toda aquella escuela académica, griega y romana, en la que todo eran maniqués que no tenían nada de la antigua Grecia? Quedaron aquellos genios de una convención verdaderamente artificiosa, sin realidad y sin inspiración; pues en Viladomat y Goya volvieron á la vida, y aunque á veces pintan cuadros religiosos, observan todo lo que pasa entre los suyos. Verdaderamente devuelven al arte su carácter y su significación, representan que todo pudo caer aquí: que se han destruido nuestros estados en Rocroy; que hemos perdido nuestros descubrimientos y perdido el inmenso territorio; que no hemos recobrado las antiguas libertades de la Edad Media; pero la decadencia no ha llegado á los pinceles, y los pinceles de nuestros pintores han demostrado la eterna inmanencia del género español en esta página del Arte.»

A Fortuny le dedica estas palabras:

«Tiene Cataluña el pintor más inspirado del siglo xix, el mago de la pintura, el hombre que llevaba el iris en su paleta, el iris con todos sus colores, el zumo de todas las flores; era oriental, y dejaba por doquier obras tan preciosas, que su recuerdo emaltará eternamente la imaginación humana. Mientras los hombres vivan, cuando alguno quiera recrearse en el color y movimiento de las figuras, irá á ver los cuadros de Fortuny, y allí encontrará algo de los de Venecia y de Florencia: el color y la vida en una conjunción verdaderamente maravillosa.»

¿A qué copiar nada de su biografía del pintor Ingres? ¿A qué aludir á su novela histórica de Fra Filipo Lippi, donde hace asomar tanto la vida artística italiana, y en ella el paganismo entre el cristianismo? ¡Eso, que por simpatía hacía elocuente á Castelar, y que por aversión hizo elocuente é iconoclasta á Savonarola, eso, literariamente, tiene su himno, también vibrante, en *Helena considerada como símbolo del Arte clásico!*

LA MÚSICA.—Castelar era académico electo de mi bondadosa amparadora la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando; pero pertenecía á la Sección de Música. No tengo á mano (aunque sí recuerdo la síntesis) de un breve, pero delicado artículo, en que su autor indica la superioridad del Arte en general, y muy especialmente de la música, sobre todo lo que ha producido la Naturaleza. En las primeras transcripciones de estos recortes ya se ha visto algo al respecto. Recuérdese también la jerarquía espiritual que asigna al arte del sonido, pues ha de convenirnos muy pronto para oponerlo á un desenfado... político.

Copiemos ahora lo que sigue:

«La Música ha nacido para suplir la palabra, para expresar esos sentimientos vagos, infinitos, que por lo mismo que son como el aire de la vida moral, no revisten bien la forma concreta de la palabra.»

«La Música, en la antigüedad ejerció una influencia benéfica. La antigüedad es eminentemente música: sus palabras están sujetas á ritmos, sus períodos á armonías; la lira es uno de sus grandes trofeos, el mito de Apolo uno de sus más verdaderos símbolos. La Música es la educación principal de las almas, como la gimnasia es la educación de los cuerpos; sus leyes se cantan en la plaza pública, sus grandes batallas se cantan en los juegos olímpicos. Los soldados de Grecia antes necesitan la lira que la espada, del poeta que del general; los versos de Tirteo, cantados al fuego del combate pudieron, más que la estrategia de los grandes soldados, la canción de un amante es el primer presente que aguarda la doncella para sentirse inspirada por el amor y ceñir á sus sienas la corona de sésamo; las tragedias griegas no pueden existir sin coros, ni sus ceremonias religiosas sin danzas, en que las vírgenes se mueven al compás de las notas de las cítaras; y en todos tiempos, en primavera como en otoño, en todas las grandes transformaciones de la Naturaleza, los griegos rocían, como los latinos, las flores, los frutos, la salida de la luna entre los montes, el crepúsculo, el otoño, la primavera, la vendimia, la siega, con hermosísimos cantos.»

A Rossini le dedicó una de sus *Semblanzas Contemporáneas*; á la música popular de Cataluña, desarrollada por Clavé, le dedicó también su atención favorable; lo propio hizo con el canto y el baile de otras provincias.

Traslado:

«El entusiasmo patrio, el sentimiento religioso, se exhalan en la Marsellesa y en el Himno de Riego, en el *De profundis* católico y en el Coral de Lutero. Pero, el sentimiento que más necesita de la música, es el amor, el cual se expresa mejor en un suspiro que en un discurso. La serenata poética verdadera es la serenata de amor. Clavé amó y cantó. Comenzó por componer algunas canciones airoas, y concluyó por componer esos coros que hoy son la honra de su nombre y el orgullo de su patria... Hace algunos años (1) Clavé era puramente un trabajador, un tornero. De vez en cuando, sujeto en el taller, levantaba la vista, apercibía el oído, como el ave enjaulada, para escuchar cualquier melodía popular, cualquier eco perdido, que llegaba hasta su alma... Hay un gran revelador para el espíritu, y sobre todo para el espíritu del poeta. A este revelador unos poetas le llaman Cintia, otros Lesbia, otros Beatriz, otros Laura; pero la humanidad entera le llama siempre amor.

FRANCISCO TOMÁS Y ESTRUCH

(Concluirá).

(1) José Anselmo Clavé, nació en 1824; en 1845 puede decirse que empezó su gran obra artística y moralizadora. Murió en 1874.

TRISTÁN É ISOLDA

POEMA MUSICAL EN TRES ACTOS, POR RICARDO WAGNER. — TEATRO REAL DE MUNICH, 10 DE JUNIO DE 1865. GRAN TEATRO DEL LICEO, DE BARCELONA, 8 DE NOVIEMBRE DE 1899.

El gran Teatro del Liceo acaba de ser estuche de la más soberbia joya que, en el arte dramático-musical, haya logrado cincelar la mente humana.

El gran Wagner puso en ella toda la madurez de su talento, la serenidad de su experiencia, la fuerza de su voluntad de hierro y la vehemencia de su temperamento creador, enriquecida por la audacia que le prestara una pasión humana nacida en Zurich en Abril de 1858, y alimentada, siempre lejos del bien amado, primero en Ginebra, luego en Berna y por fin en la plácida Venecia.

Wagner estuvo dedicado por completo á la composición de su célebre tetralogía desde el 1854 al 1857. En Octubre de 1857 comenzó á trabajar en el primer acto del *Tristán*, en Zurich, terminándolo el día 3 de Abril de 1858; el segundo acto, comenzado en la propia ciudad, terminó en Venecia el 9 de Marzo de 1859, y todo el tercer acto fué escrito en la ciudad de San Marcos, en Septiembre de 1858. Elaboró su instrumentación en Lucerna, quedando la obra terminada en 19 de Julio de 1859.

Wagner tomó la acción de su poema de una leyenda de la Edad-Media, sirviéndose de las adaptaciones alemanas hechas por Gottfried de Strasburg, del poema del trovador Thomas y de la versión hecha por Filhatvon Oberg, del poema de Beroul.

Se desarrolla el prodigioso enamoramiento en los alrededores del siglo vi, en tierras de Cornualles, feudatarias de Irlanda, y durante el reinado de Marke.

El príncipe Norld tenía el derecho de exigir un tributo anual de muchas doncellas, escogidas entre las más hermosas de la oprimida Irlanda. Creyendo á sus súbditos abatidos por el peso mismo de su desdicha, preséntase á cobrar aquel brutal impuesto; pero *Tristán*, sobrino del Rey Marke, desafia al odiado Norld, venciólo y mandando su ensangrentada cabeza á la princesa Isolda, prometida de Marke, á la que lleva como muestra de su triunfo para ofrecerla á su tío y señor.

Al levantarse el telón, aparece el soberbio vajel de *Tristán*, que navega hacia Cornualles, llevando á la preciosa cautiva, acompañada de su fiel servidora *Brangania*.

Isolda, ante la perspectiva de su esclavitud é inducida por el deseo de vengar al príncipe Norld, llama á *Tristán*, con intento de darle á beber el filtro de la muerte; pero *Brangania* quiere evitar aquel doble suicidio, y vierte en la copa de *Isolda* el filtro del amor; bebida mágica que abre en los protagonistas el más perfecto estado de arrobamiento amoroso que se haya presentado en el teatro.

Unidos en fuerte abrazo *Tristán é Isolda*, sienten en sus pechos la fuerza de una pasión sobrenatural que los atrae, hasta llegar á transportarles al más sublime delirio de amor.

Llega el navío hasta las costas de Cornualles y, durante el segundo acto, se desarrolla la escena en el bosque que circunda el palacio del Rey Marke.

Isolda la esposa del Rey, logra hallar una ocasión de hablar con su amante el caballero *Tristán*, y, bajo los copudos cuerpos de los árboles seculares del bosque real, la gentil mujer y el gallardo mancebo se abrazan con la fruición de un goce vedado por tanto tiempo, cediendo al creciente influjo de aquella bebida mágica.

El arrobamiento de tan sublime idilio es interrumpido por las advertencias de *Brangania*, cuya previsión no logra evitar que llegue el Rey y su corte, guiados por el falso *Melote*, que se fingía amigo de *Tristán*.

Este encubre á la mujer enamorada con su manto, para sustraerla á las miradas de los recién llegados, é, incitado por *Melote*, acude al desafío, siendo herido mortalmente antes de llegar á cruzar los aceros. *Tristán* cae en brazos del fiel *Kurwenal*, *Isolda* se abraza al inanimado cuerpo del amante, y el Rey Marke impide, por su propio brazo, que *Melote* remate su traicionera obra.

La escena del último acto representa el mismo castillo de los parientes de *Tristán*, á la orilla del mar.

El enamorado *Tristán* aguarda la llegada de *Isolda*; pero la herida es tan profunda que, aguardando, agoniza en brazos de *Kurwenal*.

Bajo la sombra de un añoso tilo, *Tristán* siente escapársele la vida, que solo mantiene el deseo de ver á *Isolda*. Tras las angustias de la más patética impaciencia,



Fot. Antonio y Emilio F. (dits Napoleón).

ADA ADINY-MILLIET

EN LA ÓPERA «TRISTÁN É ISOLDA».

ñora Adiny en una *Isolda* tal cual la imaginara el autor. Su triunfo fué completo: las filigramas de su expresión se vieron premidas con ovaciones francas y calorosas.

La señora Borlinetto, encargada de la parte de *Brangania*, estuvo muy ajustada, y en ciertos momentos logró efectos dramáticos de verdadero mérito.

Junto á la señora Adiny, el tenor señor Cardinali resultó el héroe de la fiesta. Educado por el mismo Wagner, que le enseñó á cantar el *Rienzi*, Cardinali hizo un *Tristán* perfecto, sabiendo dominar las excepcionales condiciones de su garganta, para cantar toda la ópera con la cariñosa expresión del alma del amante protagonista.

En el duo del primer acto, en la escena de amor del segundo, y en las dramáticas escenas de la agonía, Cardinali mantúvose á la misma altura, demostrando un talento extraordinario y un dominio de sus facultades que pocos artistas logran hasta un grado tan perfecto. Contra nuestros deseos, su retrato en traje de la obra, llegó demasiado tarde á nuestros manos: ofrecemos publicarlo en uno de los próximos números.

Los señores Cromberg, Giraldoni, Zuechi, Rossaro y Giral compusieron muy bien el conjunto, que salió tan primoroso como pocas veces puede lograrse en una obra de tantas dificultades.

La orquesta fué conducida á la perfección, siguiendo las indicaciones del maestro Colonne, que es una de las primeras figuras del arte lírico moderno, y que dejó sus conciertos de París para dirigir la obra en Barcelona.

Terminadas las cuatro primeras representaciones, se ha sentado en el sillón del director el maestro Marty, eminente compositor que ha logrado efectos sorprendentes y un éxito colosal.

Las tres decoraciones de Soler y Rovirosa, son tres joyas á cual más bellas y ricas, por lo firme de la perspectiva, lo armonizado del color, y la preparación escénica. La empresa del Liceo está muy de enhorabuena.

TU LIBRO

Con gotas de tu llanto se mancharon las páginas del libro que leías, y allí las tristes huellas se grabaron de la pasión inmensa que sentías. Mi sonrisa, glacial, indiferente, fué pago de tu angustia enamorada, y al alzar hacia mí tu blanca frente, no tuve para tí ni una mirada, ni amante frase ni suspiro ardiente.

Han pasado los años, y, de mis veleidades por testigo, un caudal de malditos desengaños mi pobre corazón lleva consigo. Tu libro tomo; el loco pensamiento recuerda mi desprecio y tu quebranto, y llanto de fatal remordimiento borra las huellas de tu amargo llanto.

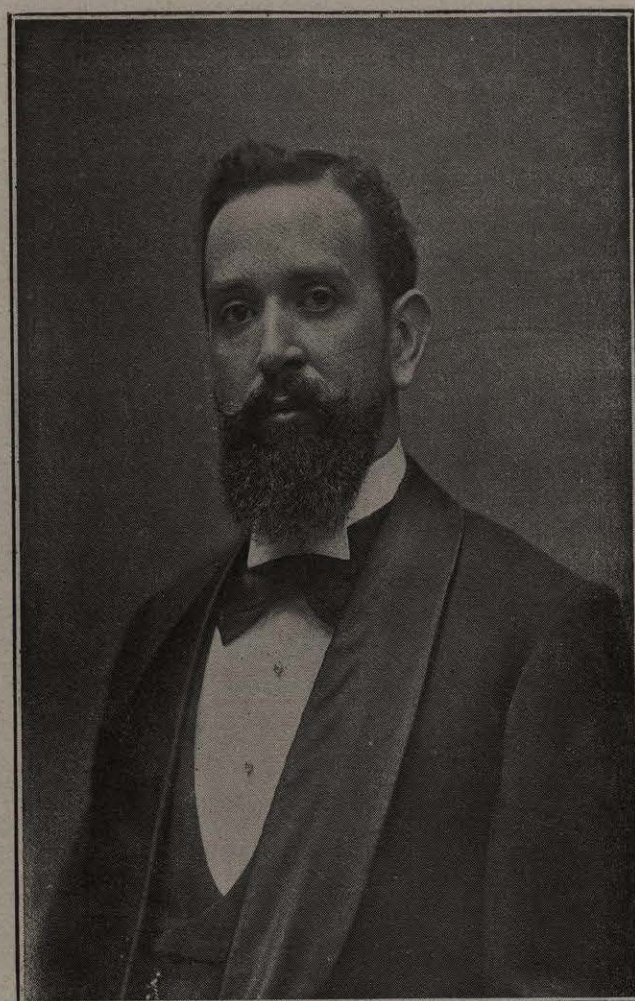
NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

TODO POR ELLA

Todo por ella: mi pensamiento; cuanto en la mente bullendo está; dichas y penas, sueños de rosa; cuanto en la gloria me hace soñar.

Todo por ella: de sus ausencias, la pesadilla, la soledad; y la nostalgia, si no la veo, de todo el mundo que hay en su faz.

P. SANUDO AUTRAN



JUAN VILA DEL SOLÉS Y COMES.
Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

MUTUA VENGANZA

I

PERO, querida tía, ¿es tan grave lo que tiene usted que decirme para llamarme con tanta urgencia?

—Sí, hija mía; muy grave. Siéntate. Voy á cerrar la puerta para que nadie se entere de nuestra conversación.

—Me pone usted en cuidado...

—Ya estamos solas. Pues bien, Elena; se trata de tu futuro marido.

—¿De Leopoldo? Entonces no me explico cómo pueda ser grave lo que va usted á contarme, porque de él no debo esperar nada malo, al contrario... Cada día que transcurre estoy más convencida de su inmenso cariño, de su... Y yo también le quiero con delirio, porque es tan amable, tan bueno...

—Tan infame, digo yo.

—¿Tía!

—Infame, muy infame... Y todavía me quedo corta.

—Pero...

—Escucha: comprendo que mi revelación te hará daño, muchísimo daño, pero es preciso: desde hoy debes renunciar para siempre al cariño de ese hombre.

—¿Cómo!... ¿Renunciar á su cariño?... ¿Olvídarle?

—Justamente.

—¿Después de haberse anunciado en público nuestro próximo enlace?... ¿Después de haber cifrado en su amor toda mi ilusión, mi ventura?... —O tu desgracia, porque conociendo, como conozco desde ayer la odiosa historia de ese canalla, tu porvenir á su lado sólo podía ofrecerte lágrimas y desdichas.

—¿Qué horror! No es posible que Leopoldo sea tan malo como usted le pinta.

—Desgraciadamente, las pruebas que tengo de su mala conducta no pueden ser más convincentes.

—Entonces ¿por qué no me lo han advertido antes? Papá debió enterarse...

—Tu padre no se ocupa de eso. Preséntale asuntos rentísticos, háblale de política, ofrécele una cartera y lo demás importa poco. Ya lo ves: lo que él no ha hecho por su hija he tenido que hacerlo yo por mi sobrina.



—¿Qué triste decepción, Dios mío! Pero está usted segura de que es tan infame que tenga que olvidarle para siempre? Dígame usted todo... No me oculte usted nada. El veneno del desengaño no debe tomarse en pequeñas dosis, porque es una agonía terrible.

—Pues bien, hija mía; de mis averiguaciones resulta que Leopoldo es un vividor, un vicioso que sabe engañar perfectamente á todo el mundo. Seguro ya de casarse contigo, ha visto abogados, ha tratado con cien usureros y, por fin, uno de éstos le ha facilitado dinero á cambio de tu dote; de modo, que todavía no es tu marido y ya trata de dejarte en la miseria.

—¿Qué infamial!

—Pues aún hay más. Dos lindas muchachas, víctimas de los impuros amores de ese perdido, lloran lágrimas de sangre al contemplar el desdichado fruto de su deshonra... Y á esas tiernas criaturas, á esos infelices seres, yo los he visto, les he besado, y yo misma he dado dinero á sus pobres madres para que los vistan y no se mueran de frío.

—¿Cruel!

—Dime ahora si ese hombre es digno de tu cariño, de ser tu esposo...

—¡Oh, nunca! Hoy mismo le escribiré para que jamás vuelva á hablarme ¡Canalla!

II

« Queridísima Elena: Acato resignado, por ahora, la prohibición de verte, pero como no puedo cerciorarme de que tu carta sea dictada por tí, te ruego me digas quién te ha obligado á escribirla.

» La historia de los abogados, del usurero, de las muchachas víctimas de mi falso amor, de las tiernas criaturas abandonadas, todo eso me ha entretenido agradablemente, y sólo deseo conocer el nombre del autor ó autora, para felicitarle por el indiscutible mérito de su obra.

» Si, por el contrario, no existe esa persona que yo me imagino, en ese caso te compadezco doblemente, pues será prueba inequívoca de que una vez más te has dejado seducir por el extraño lenguaje de esas flores que tan delicadamente cuidas en tu jardín y á las cuales, según me has contado mil veces, confías tus cuitas amorosas, entablando coloquios con rosas, claveles, pensamientos, etc., etc. Si han sido ellas las que han sembrado la duda en tu corazón, no me sorprende, porque toda mi vida las he detestado, y justo es que ahora se venguen de mi odio.

» Escríbeme, ya que me prohibes ir á tu casa, y quiera Dios que tus quejas sólo obedezcan á una alucinación, producida por los raros consejos de mis inanimadas enemigas.—LEOPOLDO.»

III

« Me había propuesto no volver á escribirle á usted, pero lo hago por última vez para decirle que, efectivamente, las flores me han revelado con su extraño lenguaje lo que ignoraba hasta hoy. Hago esta aclaración para que no acuse usted á nadie de indiscreto.—ELENA.»

Leopoldo leyó la carta y después la estrujó con rabia entre sus manos.

Nervioso, agitado, paseaba por su habitación, como fiera enjaulada, renegando de su suerte. El caso no era para menos. Descubiertas sus infamias y malas artes, en pocas horas veía derrumbarse uno á uno los mil castillos que fabricara en el aire. En un momento perdía primero el dote de Elena, después la cuantiosa herencia de su padre, y por último, la posesión de una mujer joven y hermosa. Todo, todo se desvanecía como por encanto. La felicidad le había entreabierto sus puertas y, cuando se disponía á traspasarlas, una mano misteriosa se las cerraba, tal vez para siempre.

Por eso estaba agitado, nervioso, fuera de sí.

En su extrema excitación, llegó á creer como cosa cierta la extraña farsa del lenguaje de las flores, inventado por Elena. Lo que en otra ocasión le había producido francas carcajadas, ahora lo creía como artículo de fe.

—Esas malditas flores quieren vengarse de mí, —decía en su delirio, — ¡pues veremos quien vence en la lucha!... ¡Pepe!... ¡Pepe!... En seguida se presentó un criado.

—Arrégleme la cama... Aprisa, corriendo...

—¿Va usted á acostarse tan temprano? Si todavía no han dado las diez...

—No importa; necesito descansar... Oye bien lo que voy á decirte. Busca un saco, véte en seguida á casa de Elena, escala la tapia del jardín y tráeme inmediatamente todas las flores que hay en el ángulo izquierdo del fondo, al lado del columpio.

—¿En aquel pedacito que cultiva la señorita Elena?

—Justamente.

Leopoldo se acostó. Tenía fiebre, una fiebre intensa.

Pepe cumplió, no sin algún temor de ser sorprendido, el encargo de su amo, y antes de una hora estaba de vuelta.

—Aquí traigo las flores, señorito.

—¿Traes muchas?

—El saco lleno.



—Pues espárcelas por el suelo de esta habitación, pero con cuidado. Así cuando mañana me levante podré cumplir mi deseo. Quiero aplastar, pisotear á mis crueles enemigas.

—¡Vaya un capricho!... ¿Pero no comprende usted que?...

—Cállate y véte. Cierra la puerta, bien cerrada, para que no me molesten los ruidos... ¡Ah, mañana saborearé el placer de la venganza!... Ya tengo en mi poder al enemigo... ¡Es mi prisionero!... Mañana...

Llegó la mañana, pero Leopoldo no despertó de su sueño.

Los médicos certificaron que había muerto envenenado por las flores.

FERNANDO SERRAT Y WEYLER